

## La identidad barrial como producción ideológica<sup>23</sup>

### El barrio frente a la Casa Rosada

El 21 de agosto de 1986, en la ciudad de Monte Grande, se produjo un asalto a mano armada a una joyería cuyo saldo fue un joven muerto a balazos por el propietario. Las primeras noticias oficiosas hablaron del «frondoso prontuario» del occiso –que «vivía en una villa y era adicto a las drogas»–, además de destacar «la firme predisposición del joyero para no dejarse sorprender por los asaltos», lo que explicaba que estuviera al acecho y armado mientras atendía su negocio.

Pasadas 48 horas, los diarios reflejaron otra magnitud del hecho: «indignación popular en Monte Grande», «todo un barrio movilizado», «consternación de los vecinos», «no era un ladrón, es necesario desagraviar a este joven, dijo el cura que lo iba a casar al día siguiente», «era un muchacho modelo de trabajador», «sólo estaba ahí como cliente», «han matado a un inocente», «aquí somos pobres pero decentes», «ponga, señor periodista, que Marcelo era un muchacho de barrio y que esta no es ninguna villa, como se dijo, esto es un barrio»...

Durante dos días los vecinos trataron de contrarrestar la información inicial con movilizaciones callejeras. Destacaron públicamente la inocencia y honradez del joven muerto con el ejercicio de dos criterios de autoridad: la palabra institucional de la iglesia por boca del cura del barrio y la palabra de quienes compartían con Marcelo el lugar común del conocimiento mutuo, de la cotidianidad y de la confianza, dada por la vida en el barrio.

---

23 Trabajo originariamente publicado en el libro *Barrio sí, villa también: dos estudios de antropología urbana sobre producción ideológica de la vida cotidiana*. Colección Biblioteca Política Argentina, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991; 63-109.

El 8 de mayo de 1987, en Ingeniero Budge, una comisión policial ultimó a tres jóvenes. La información dada por la policía y el gobierno provincial habló de un «enfrentamiento» armado entre «delincuentes» y «agentes del orden». Pronto el episodio dejó de ocupar la crónica policial para pasar a las páginas centrales del interés público. Los vecinos se manifestaron en defensa de la memoria de los jóvenes asesinados, en abierta acusación a la policía por «los fusilamientos». Las movilizaciones llegaron hasta el Congreso de la Nación y la Casa Rosada.

Al poco tiempo, un episodio similar se produjo en Dock Sud. En todo momento, la base moral para fundamentar la inocencia de los jóvenes fue el aval de los vecinos: «todos los conocíamos», «eran muchachos de barrio».

### Detrás del símbolo

En la vida cotidiana el barrio se nos presenta con diversos usos que van más allá de su aspecto puramente urbanístico, arquitectónico o espacial. ¿Quién no usó alguna vez la muletilla «muchacho de barrio» para indicar la simpleza, la viveza o la extracción social de una persona? ¿Quién no utiliza a determinados barrios como signos de identidad, prestigio o desvaloración? Podemos convenir que el barrio es un lugar común en la ideología de los habitantes de la ciudad, pues tiene una determinada eficacia para referir de un modo sintético diversos aspectos de la realidad. Su sola mención encierra todo un mundo de significaciones. Este uso del barrio para decir otras cosas –como sustituto simbólico– es el tema de este trabajo.

Nuestro propósito se centra en lo que hay detrás del barrio como símbolo, con una doble interrogación: ver qué función cumple en la ideología de los sectores populares –para qué es eficaz– y cuáles son las razones históricas –los porqués– de su existencia. Apuntaremos a los mecanismos de producción ideológica con la que se construye una identidad social que tiene en el barrio su referente. Por esta razón, la «materia prima» de nuestro análisis provendrá de los actores sociales que producen esa ideología en barrios concretos.

Toda significación se produce dentro de un contexto –en espacio y tiempo determinados– y es el resultado de una puja de intereses y determinaciones sociales por las cuales se sitúa en la realidad histórica. De otro modo no podríamos preguntarnos por el para qué y el porqué de lo simbólico o humano en general, ya que sin interés ni determinación no habría necesidad de significación siquiera, ni para los actores sociales ni para nosotros como investigadores.

Estos intereses y determinaciones estructuran y se estructuran en conjuntos sociales de diverso calibre: grupos, capas, clases, que componen necesariamente cada realidad barrial y que no es posible identificar de forma automática con cada barrio. A ojos vistas, la palabra «barrio» se utiliza para mentar contextos urbanísticos de notable variedad. No es lo mismo, por ejemplo, un barrio «obrero» que el «barrio Los Troncos» de Mar del Plata. Las conclusiones a que llegue un trabajo de investigación estarán condicionadas por las características propias del o de los barrios que se estudien. La importancia de estos condicionamientos para una explicación general de lo barrial sólo podrá ser dimensionada luego de un trabajo comparativo entre unidades barriales diversas. Lo que expon-dremos aquí son algunos aspectos de tres trabajos hechos en dos barrios porteños (Villa Lugano y Parque Patricios) y un tercero del Gran Buenos Aires (Gerli, en el partido de Avellaneda) de características similares, poblados principalmente por clase obrera industrial y pequeña burguesía comercial de extracción inmigratoria europea (preponderantemente italiana) y provinciana en sus orígenes, que se remontan a las dos primeras décadas del siglo; barrios tenidos –para el sentido común del conglomerado urbano– como «típicos» y «tradicionales».

### Las preguntas antropológicas

Nuestros primeros pasos consistieron en observar si la gente identificaba –y de qué manera– a su barrio: cómo lo limitaba, cómo lo nombraba, cómo lo diferenciaba de otros. De inmediato nos interesó ver qué lazos de identidad establecía con él. Recortamos así un aspecto específico de lo ideológico: aquella producción que colocaba al barrio como referente en el proceso de construcción de las identidades sociales. A esto lo llamaríamos *identidad barrial*.

Recogimos en principio los discursos de la gente en contextos de entrevistas donde inquirimos sobre el barrio. Si bien esas entrevistas tuvieron como soporte un cuestionario estructurado según ciertos ejes lógicos, intentamos que la gente nos diera su propia definición del barrio, según aquellas cosas que cada uno valorara como relevantes: su historia, sus características más importantes, sus calles, su gente o lo que fuera.

El análisis de estos discursos se basó en el criterio metodológico de abordarlos como si «no supiéramos nada» de los significados y el sentido de los mismos. Mediante el análisis de los rasgos más recurrentes con que la gente iba definiendo su barrio pudimos ir escalonando una serie de hipótesis de trabajo acerca de la construcción de la identidad barrial.

Volvimos al trabajo de campo en distintas instancias para verificar esas hipótesis. Algunas quedaron a la espera de una mayor profundización, en tanto otras nos resultaron más operativas. Expondremos aquí solamente una parte de los resultados que se nos revelan hasta ahora más firmes y que son los que nos permiten ir proponiendo nuevas y sucesivas hipótesis en nuestras investigaciones.

## La ideología como confrontación

Solicitando cierta licencia etimológica, podríamos establecer que lo ideológico se compone básicamente de dos elementos: lo «ideo» y lo «lógico». Una ideología es un conjunto de ideas materializadas en un lenguaje de signos, con un campo referencial correspondiente (ideas sobre algo), estructuradas y funcionales según una lógica. Es la refracción práctica de un mundo objetivo, consistente en la transformación de algo que actúa como dado en un referente con sentido. Por su carácter sígnico remite a un más allá de su soporte expresivo, que está fundado en la posibilidad que tiene lo dado de adquirir distintos sentidos.

La construcción de una idea se realiza por medio de la restricción de sus sentidos posibles a sus sentidos actualizados en soportes expresivos diversos (gestos, señales, escrituras, verbalizaciones, etc.). Por ejemplo, el barrio que tiene «el alma inquieta de un gorrión sentimental» —como dice el tango— goza de una restricción distinta de sus sentidos que las que se imponen en la frase «ése es el barrio X».

A la ideología siempre se le «escapa» una «parte» de la totalidad de su referente, pues la relación de totalidad implicada en lo ideológico consiste en la captación del mundo como objeto. Y si fuera capaz de captar la totalidad del objeto directamente se vería subsumido en él, por lo que ni cabría la necesidad siquiera de tener una idea de ese objeto.

La determinación de lo que se «escapa» y de lo que se «capta» proviene del carácter confrontativo de lo ideológico. Siempre provendrá de otra ideología con que se la confronte. La confrontación de sentidos es el único estado propio de lo ideológico. Sin contradicción dialógica entre una ideología y otra (desde una mera imagen hasta toda una teoría) no es posible siquiera hablar de una ideología.

## Los ejes lógicos de la identidad barrial

Quando los vecinos definen a su barrio como «obrero», de «gente de trabajo», están dando por supuesta su diferenciación respecto a «otros

lados» donde «la gente es otra cosa, ¿vivo?»: «acá todos laburan, hay un médico inclusive, pero él también trabaja». En este ejemplo, el trabajo es el rasgo mediante el cual se establece un lazo de identidad que llega a incluir en ella lo que para el informante es una relación «natural» implícita entre el ser médico y no ser «gente de trabajo».

Para nuestro estudio partimos de una aproximación conceptual sobre la identidad barrial, a la cual definimos como el producto ideológico de una atribución recurrente entre actores sociales cuyo referente es el barrio. Con esta definición intentamos verificar nuestra primera hipótesis de trabajo que decía: los pobladores atribuyen al contexto urbanístico «X» el rasgo de ser un barrio.

Como se ve, pretendimos desde un principio cuestionar el propio concepto de barrio que podíamos tener nosotros, cediéndoles la palabra a los vecinos, en el trabajo de campo. Esto es coherente con el prurito metodológico de «no saber nada» de los significados y el sentido de la ideología de la gente. Pero, en rigor, ningún análisis se encara desde un cero semántico. Siempre hay algo que conecta la comprensión previa del observador –aún la del más desprejuiciado e «imparcial»– con su objeto. Sin ir más lejos, el primer nexo está dado por el propio interés en el momento de recortar el objeto de estudio –por ejemplo, la identidad barrial–. Además, entre informante e investigador hay una mínima y común competencia lógico-sintáctica gracias y por sobre la cual es posible encontrar diferencias en los significados y los sentidos.

El esqueleto lógico con que «recibimos» la información de boca de sus protagonistas tenía como supuesto que el eje principal de toda identidad es el compuesto por la relación entre *conjunción* y *disjunción*: algo se define porque se junta –con algo y se *dis-junta* con otra cosa. En el ejemplo está explicitado el conjunto «barrio –gente de trabajo– médico que también trabaja», que se define por oposición a su disjunto otros lados-gente que «es otra cosa», donde se da por supuesto que los médicos en general no trabajan.

En torno a ese eje central *disjuntivo-conjuntivo* agrupamos nosotros cuatro variables de la identidad:

- homogeneidad: cuando el polo conjuntivo es capaz de mantener un cierto grado de estabilidad y uniformidad en uno o más rasgos con que se construye ideológicamente la identidad. Por ejemplo, cuando los vecinos siguen considerando el barrio como «obrero», aún señalando que las fábricas están desmanteladas y que los obreros «se van muriendo».

- heterogeneidad: cuando en el conjunto se contemplan diferencias internas disjuntivas que no llegan a convertirlo en otra cosa». Por ejemplo, las «barritas» que se distinguen pero son consideradas o se consideran a sí mismas todas del mismo barrio; el ser hincha de un cuadro de fútbol o de otro a los que se atribuye ser del barrio; o el médico que no rompe el conjunto barrio porque «también trabaja» (o quizá «trabaja» precisamente porque es del barrio).
- identificación: cuando se afirma la propia identidad respecto a otras (por ejemplo, otros barrios, la ciudad, el «pago»), resaltando el polo conjuntivo.
- diferenciación: cuando prevalece la disjunción respecto a otras identidades (por ejemplo, respecto a otros barrios).

Este encuadre lógico componía parte de lo que irremediamente nosotros «sabíamos» antes de emprender la investigación.

## El barrio por lo que vale

Aún en la más elemental y aparentemente *desinteresada* descripción del barrio, la gente introduce valores con los cuales se muestra que el barrio no es meramente el espacio donde se reside. Estos valores se utilizan para establecer diferenciaciones –por ejemplo, con otros barrios–, para indicar heterogeneidades dentro de lo que se concibe como barrio para cada uno –tal o cual esquina, club, «parada», distintas «barras», etc.–, e incluso para establecer distinciones más generales para las que el barrio es tomado como referente –por ejemplo, cuando se distingue entre aquel individuo que tiene «calle», «esquina», «estaño», «barrio» y aquel que es un «nene de mamá».

Algunos valores se materializan en imágenes estereotipadas tanto del barrio propio como de los «otros». Cuando a la gente de Lugano, por ejemplo, se le pregunta en forma directa por sus vecinos de Mataderos o Soldati, sobresale una imagen de identidad que enlaza a los tres barrios: «somos como hermanos, es toda gente de trabajo, son barrios como acá, nos llevamos muy bien». Esta identidad se construye sobre la base de la diferenciación entre el conjunto formado por estos tres barrios, por un lado, y «otros lugares de cogotudos», «garcas», donde la gente «vive apurada», «ni se saluda», donde «nadie se conoce», etc., por el otro. Pero cuando las referencias no son directas, uno se encuentra con imágenes

distintas. Resulta ser que los «hermanos» de Soldati son «todos cirujas», los de Mataderos son «je... gente un poco... je... aguerrida... gente de andar con cuchillo, ¿vio?, medio como matones, ¿vio?». Y esta misma relación se da también respecto a Lugano desde los otros barrios.

Los valores se definen por medio de oposiciones semánticas que la misma gente establece en sus discursos. Estas relaciones no son, en general, las que uno como analista puede prever. Sorprenden a cada paso las ambigüedades y las contradicciones que, a la larga, resultan ser las más reveladoras del mundo objetivo de problemas a los que la gente da significación y ante los que opera ideológicamente.

Por ejemplo, la tranquilidad es el rasgo que se utiliza con mayor asiduidad no sólo para definir el barrio sino para presentar un ideal de barrio.

Entre los más jóvenes se verifica esta valoración: «joda y mujeres las voy a buscar afuera del barrio... el sábado a la noche es para salir... ¿El domingo? No, el domingo me tomo franco de las mujeres y me quedo en el barrio, tranquilo, con mis viejos... es que el barrio es para eso, un barrio tiene que ser tranquilo».

En nuestro trabajo de análisis buscamos las relaciones de oposición que articulan cada rasgo. En este ejemplo vemos cómo la tranquilidad se define por su contraposición semántica con «las mujeres», «la joda» y el «salir del barrio», mientras queda asociada a la vida familiar, a quedarse en el barrio y a lo que debe ser un barrio.

Entre los informantes de más edad constatamos una oposición muy relevante con la que definen la tranquilidad: es lo que se opone al acontecimiento.

Por ejemplo, cuando disparamos la pregunta sobre algún hecho acaecido en el barrio, las respuestas inmediatas fueron: «Nooo, no, acá no pasa nada, acá es tranquilo». Al profundizar el trabajo sobre el significado de lo que la gente conoce por «acontecimiento» (lo que «pasa») nos encontramos con dos ingredientes recurrentes: la violencia y la muerte.

Es que, paradójicamente, enseguida de negar que en el barrio «pasen cosas» (porque es «tranquilo»), por lo común se desgranar una serie de «hechos» que se asocian todos con asesinatos, peleas, fusilamientos, conflictos gremiales y políticos, accidentes que, en general, tienen como protagonista a la policía.

Otro oponente semántico de la tranquilidad de los barrios es el «cambio», el «adelanto», el «progreso», representado por los edificios «de alto», las villas (que se «metieron» en el barrio) y todos los rasgos que componen el «antagonista» o polo negativo de lo barrial.

Pero la relación más notable con que la gente define la tranquilidad en el barrio es su oposición con la juventud (–¿Acá los jóvenes se reúnen en algún lado? –*Nooo, acá es todo tranquilo.*), que se contradice cuando los mismos informantes describen dentro de la vida en el barrio a las barritas de «ahora» y a las barras de la época cuando el barrio era «más barrio».

La tranquilidad, entonces, sirve para distinguir el barrio propio de otros lados, para establecer lo que debe ser un barrio, para oponerse al acontecimiento –como sinónimo de muerte y violencia–, a la juventud reunida y al oponente temporal de lo barrial. Se constata la diferencia entre lo barrial como símbolo donde la tranquilidad se opone a lo no barrial y el barrio como un escenario donde caben paradójicamente la «tranquilidad» de las muertes, la violencia, la barrita y el cambio.

Si bien es posible definirlos en forma distintiva, los valores no se dan aislados. Forman una estructura que está en constante movimiento, como una especie de constelación compuesta por ejes de oposición de cada valor que «giran» alrededor de un eje central, al que nosotros hemos denominado eje axiológico de la identidad barrial.

Como privilegiamos las relaciones valorativas y no la fijeza de los componentes, el solo hecho de nombrar cada valor en esta exposición no deja de ser un arbitrio analítico. Por ejemplo, la gente destaca como valores relevantes lo familiar, la solidaridad y bondad de los vecinos, la tranquilidad, el trabajo, el carácter obrero y la pobreza de los barrios, y establece distinciones sobre la base del eje del conocerse entre sí y estar arraigados en cada barrio. En la articulación de estos ejes se pueden marcar dos niveles.

Por un lado, al explicitar un valor, se rompe o recorta por su eje la realidad referencial; se la problematiza y se soluciona ese «problema» mediante la instauración misma del valor. En la frase «este barrio es pobre, pero decente», el último término recorta las posibilidades que podrían ser atribuidas al barrio por ser «pobre». Al hacerlo así, se «soluciona» el «problema» planteado por el contraste entre la relación natural de identificación entre «pobre» y «no decente» y lo que la gente misma quiere explicitar: que la decencia en este barrio está por encima de la indecencia «natural» de *lo pobre*.

Por otro lado, en el seno mismo de esa explicitación se mantiene siempre algo como parte de lo naturalizado, algo que en ese momento no necesita de una ruptura ni de una «solución», porque directamente no se plantea ideológicamente como «problema». En el mismo ejemplo, la relación «natural» de lo pobre como *no decente*; y es por eso que se hace necesaria su explicitación.

El dinamismo de lo ideológico reside en este juego permanente y dialéctico de naturalidad y ruptura.

### Naturalidad y ruptura en los discursos

Lo que para cada ideología es «natural» se representa en los discursos por la red metonímica. Esta red está compuesta por el encadenamiento lineal de signos, dispuestos sobre la base de relaciones de contigüidad.

Por ejemplo, cuando la gente define su barrio como «peronista» y en forma recurrente encadena en el discurso este atributo con otros («esto es la capital del peronismo, todos obreros, usted lo ve, las casas bajas, todo hecho a pulmón»), es posible establecer que para esa ideología, en ese momento, estos rasgos («peronista», «obrero», «casas bajas» y «hecho a pulmón») mantienen una relación en la que cada uno de ellos se presenta como una parte de un todo homogéneo. Cada uno se coloca en el mismo nivel de generalidad o de abstracción y las diferencias que mantiene con los otros se dan dentro del mismo *tópos* o lugar en la significación, como eslabones de una cadena. Si tomamos una cantidad mayor de discursos, nos encontramos con muchas cadenas. En conjunto forman una malla o red de lo que ideológicamente se expone en el mismo nivel. Las relaciones entre cada uno de los rasgos que aparecen encadenados son dadas, no se oponen entre sí más que por contigüidad. En esa red no hay cuestionamientos internos, están ahí de por sí, como parte de la «naturaleza de las cosas» con que se concibe ese nivel iso-tópico de esa ideología en ese momento.

También la naturalidad de los discursos puede ser captada por las «asociaciones libres» que hacen sus emisores, las que nos indican un nivel subyacente de lo que en el fondo se acepta sin cuestionamientos. Por ejemplo, cuando –sin aparente «justificación lógica»– la gente empieza a hablar de su barrio y automáticamente (sin «darse cuenta») se larga a hablar de su propia niñez, o de una época en la que el barrio «era más barrio», etc. Ese es el sentido «natural» que tiene en ese momento el barrio para ellos. Todo lo que a ellos les sirve para definir el barrio es parte de la naturaleza de este («*este barrio... ¿sabe lo que pasa?, que yo viví aquí de chico, lo vi crecer con mis propios ojos y esto cambió mucho, antes usted no iba a ver a las mujeres desnudas por la calle como ahora, es una vergüenza, antes esto era más... un barrio*»).

A su vez, esa misma red se estructura en torno a oposiciones que indican lo que en ese momento la gente necesita confrontar, porque en el fondo representa un «problema», una contradicción. En este último

ejemplo vemos las oposiciones «niñez / adultez (del informante en el momento de la entrevista)» y «antes / ahora», en correspondencia con «mujeres (de antes) / mujeres desnudas por la calle», «(no vergüenza / vergüenza)» y «ser más barrio / (ser menos barrio)». El problema es lo que produce precisamente el surgimiento del eje de oposición, de ruptura. En el primer ejemplo, lo «hecho a pulmón» las «casas bajas», etc. se oponen –como bloque naturalizado en ese contexto– a lo «no obrero», a lo «no peronista», que coincide, en ese caso, con lo que no es el barrio y con lo que no es «peronista». Cada rasgo está puesto ahí para restringir la posibilidad de que ese lugar pueda ser ocupado por su opuesto o por otro. Y por eso es necesario decirlo. Con cada enunciado se «soluciona» lo problemático y heterotópico de las oposiciones subyacentes.

Como todo signo es arbitrario (no natural), siempre cabe la posibilidad de que en lugar de él pueda estar otro. Para eso es precisamente signo. Esa es su razón de ser, su valor; basado en su propia capacidad de permutabilidad. El conjunto de valores de una ideología compone un paradigma, que es una especie de constelación en la que los ejes de cada oposición giran en torno a ejes principales. En el ejemplo se ve cómo el eje principal de la identidad barrial de las unidades estudiadas se basa en el valor del arraigo, compuesto por la oposición «antes/ahora», que es hacia donde los discursos ponen rumbo en forma recurrente cada vez que es *cuestionada* (en estos casos mediante preguntas) la identidad del barrio.

En forma simultánea, cada valor del paradigma mantiene en el «interior» de sus polos de oposición algo de lo que en ese momento esa ideología no se cuestiona porque concibe como «natural». Y muchas veces las relaciones de oposición nos mostrarían verdaderos *disparates* si los juzgáramos con nuestro propio sentido de las cosas o con los valores de lo que para nosotros sería el «sentido común».

El mantenimiento de la naturalidad proviene de la capacidad de la red metonímica para estirarse hasta envolver en su malla a ciertos ejes de oposición. Sólo puede ser desgarrada –o finalmente rota– por la incidencia de un eje de oposición lo suficientemente dominante como para que la red no pueda llegar a envolverlo.

## Dimensiones de la identidad barrial

El eje axiológico de la identidad barrial es el conjunto estructurado de valores presentes en la ideología sobre el barrio. En torno a él prevalece una conjunción de rasgos suficientemente homogéneos y

extensivamente identificadores. Se distinguen tres dimensiones. En la primera se nuclean las relaciones de oposición que definen cada valor (por ejemplo, «tranquilidad/juventud»). La llamamos dimensión simbólica del sentido de la identidad barrial. La segunda está compuesta por los valores que se subordinan a la oposición de lo que es barrio y de lo que no es barrio para esa ideología. Y la tercera es la dimensión que llamamos temporal porque a ella se subordinan los significados según la oposición del antes y el ahora. En rigor, tanto la segunda como la tercera son las dos variables principales de la dimensión simbólica. Pero esta no puede ser explicada sin hacer lugar a los contenidos encerrados en las otras dos.

En la dimensión temporal se nos revela que la gente subordina los significados de lo que para ellos es su barrio a lo que éste era «antes». En el plano de los discursos —de donde parte nuestro análisis—, el barrio es «bueno», «obrero», «tranquilo», «pobre», «típico», «lo mejor que hay», «lo máximo» y toda una serie de rasgos que lo definen en el «presente». Pero esta cadena de atributos está siempre subordinada al eje valorativo del antes/ahora, donde la significación adquiere sin excepción una oposición binaria en la que cada atributo es más en el «antes» que en el «ahora». De esta forma, el barrio «es» tranquilo porque antes era más tranquilo; «es» obrero porque antes era más obrero, etc. Esta especie de plano inclinado hacia el pasado confluye hacia lo que podríamos enunciar con esta proposición: el barrio es un barrio sólo porque «antes» era más un barrio que «ahora».

Nos preguntamos si esto no podía atribuirse a que nuestros informantes eran todos adultos y si esta variable de base no estaba condicionando la relevancia del eje temporal (por eso fuimos luego a indagar sobre la identidad barrial de los jóvenes, que por razones de espacio no expon-dremos aquí). En segundo lugar, nos preguntamos si nuestros actores no estaban más que expresando en sus discursos la simple «nostalgia» por un tiempo en que en forma real el barrio había sido más obrero, más pobre, más tranquilo, etc. A este interrogante lo respondimos con otro: aún si el barrio hubiera sido «realmente» más obrero, más pobre, más tranquilo antes que ahora, ¿por qué para la gente esta cuestión era tan relevante que le servía para definir el barrio en el presente? En otras palabras, ¿qué eficacia tenía ese antes para describir el presente? Nos abocamos entonces al análisis de ese «pasado» y al papel que jugaba la subordinación de todos los significados a él.

## El barrio como un tiempo

En principio, pudimos ver que ese «pasado» no se identificaba con la historia cronológica y referencial del barrio. Es un antes cuya función principal consiste en oponerse al «ahora» negativo y convertir cada atributo en un valor distintivo de ese barrio, además de ser la «causa» de que ese sea un barrio. En los contextos más insospechados y alejados de toda referencia al pasado del barrio aparecía el antes, como si estuviera al acecho para reforzar o establecer parámetros de valoración. A veces un puñado de frases sintetiza gran parte del paradigma –con sus contradicciones internas– y revelan de qué manera surge ese antes:

Acá andamo, haciendo los mandado, usté ve... todo tranquilo, como gente de barrio, humilde, gente de trabajo que nos vemos la cara uno con otro todos los días... acá tocan el timbre y ya sabe quién es; todos nos ayudamos, si uno necesita del otro... a veces es mejor un vecino que un familiar... siempre fue así esto, no como ahora, que no te saludan, que rompen un farol, que roban, que no se puede andar por la calle, que se pelean... por eso me gusta esto.

El «esto» no es más que el antes que funciona como eje de la distinción entre lo barrial y lo no barrial. El objeto del «gusto» y el cariño por el barrio es el barrio del antes. Y así son descritas inclusive las relaciones de vecindad, siempre con el valor positivo puesto en el antes, aunque los «hechos» contados sean los mismos. En entrevistas realizadas en las calles, por ejemplo, pudimos comprobar cómo la gente llega a negar lo que ve del presente:

Pregunta: ¿Cómo piensan ustedes que debe ser un barrio?

Vecina 1: «Más limpio que ahora... mire, acá pasaba el basurero, inclusive el barrendero, y nosotros pintábamos los cordones con cal, no íbamos a esperar que viniera una epidemia, en cambio ahora...».

Pregunta: ¿Qué es lo que pasa ahora?

Vecina 2: «Que cuando nosotras éramos chicas la gente se sentaba en la puerta, los chicos jugaban a la pelota, porque no existía el televisor...».

Vecina 1: «Ahora ni los chico salen a jugar... Nosotros acá en la cuadra éramo por lo meno quince o veinte chico que nos seguimos tratando hasta atualmente que tenemos nieto... pasa cualquiera, nos enteramos que alguno está enfermo, lo vamo a ver, pero despué cada uno en su casa, eso sí, nada de andar que Fulano que Mengano, en cambio ahora... es que la vida cambió...».

Vecina 2: «Yo creo que cambió para peor».

Vecina 1: «Ssseehh, cambió pa peor».

Vecina 2: «Yo, más grandecita, iba al colegio y llevaba una purretada, cinco o sei chico, de la Bety, de la Toty... Pero, ¿sabe lo que pasa? Que mis hijos son amigos de los hijo de mis amigas de la niñez, de los que seguimos en el barrio, son como hermanito, ¿me entiende? Es que aquí no hay... los chico... esos... que los hay... las... barritas que paran en las esquina, ¿vío? Pero aquí no hay...».

Pregunta: ¿No hay barritas por acá?

Vecinal: «Noooo... no sabemos quiénes son».

Vecina 2: «Son de allá abajo, no son de acá: Una vez vino la policía y seguía a un chico, ¡Dios mío! ¡Qué momento!».

Vecina 1: «¿Ve? No es como antes. Ante éramos todos... no sé, había un sentido de más educación, tonce todos los chicos éramos todos amigo y ahora no se da eso, usted tiene qué seleccionar. Entre los nuestros no, son como de la familia, en cambio antes eran... eran de la familia.» (una anciana las llama desde la vereda de enfrente; vecina 2 cruza y la trae del brazo).

Vecina 1: «Ve? Eso... uno se ayuda... es una viejita que le gusta que la crucen para sentirse acompañada... Antes, al panadero: ¿me cuida al nenito?, —No se aflija, señora, déjelo, yo se lo llevo. O mi hermano, que era loco por la pelota, porque había mil potrero; mi papá salía, —¿A quién busca? —Al Negro. —Está allá, quédate tranquilo, está jugando a la pelota... estaba el clú...».

Estas palabras fueron registradas en medio de la gritería de una docena de chiquilines que jugaba al fútbol en la calle; entre ellos, los hijos de ambas vecinas. Tanto el picado entre esos «amiguitos-familiares», la ayuda a la viejita, la barrita de adolescentes con peinados *punk* que estaba acodada en la esquina próxima al lugar de la entrevista, como el

club que sigue estando –y en pleno funcionamiento– a pocas cuadras, eran elementos que los discursos pasaban por alto como presentes y los remitían al «afuera» («no son de acá») o al «antes», si no los negaban directamente. Y esto va más allá del supuesto (o quizá evidente) afán de las vecinas por «quedar bien» con el entrevistador. Importa precisamente incluso con qué elementos intentaban quedar bien con nosotros.

El presente, en resumidas cuentas, adquiere una significación negativa porque está actuando como un pasado representado. El «antes» actúa como modo de «solucionar» que eso que se describe como parte del pasado ocurra en el presente. Y por eso se lo niega en el presente, aún cuando se lo tenga delante de las narices.

Es un antes que refiere a una «época» indeterminada en el tiempo cronológico y fundamentalmente el resultado de la oposición con el «ahora». Cada uno de los significados con los cuales se construye la identidad del barrio se define por «pertenecer» a ese antes en oposición con el ahora. Por ejemplo, la familia que aparece en los discursos asociada al barrio no es más que el agente del control sobre la juventud. La familia actúa para restringir el sentido «natural» que se da a la juventud como inherentemente «incontrolada». Y ese control se define por oponerse al «ahora» incontrolado del barrio.

En ese ahora se ubican los mismos rasgos que se usan para definir e identificar el barrio, pero, irremediablemente, en el mismo discurso y sin mediar requisitoria alguna de parte del entrevistador, el pasado irrumpe para definir cada valor.

Como señalamos, cada relación de oposición encierra en cada uno de sus polos algo de naturalizado, de lo que esa ideología no se cuestiona, porque supone parte de la «naturaleza de las cosas». Esa época del antes aparecía en los discursos como algo totalmente natural, no problematizada y cumpliendo el papel de solución a determinados problemas. Esa época, concluimos, tenía como función homogeneizar e identificar la imagen del barrio y servía a su vez para marcar tanto heterogeneidades internas del mismo barrio (por ejemplo, las barritas, la juventud, las villas etc.) como diferenciaciones respecto a otros barrios. Se constituía en la base con que la gente construía la identidad que tenía como referente al barrio. Por eso la llamamos época base de la identidad barrial.

Constituye la base de la eficacia distintiva de lo barrial y no es posible identificarla con ninguna época referencial determinada ubicable en una cronología.

Durante la investigación nos preguntamos si la época base de la identidad barrial no estaría apuntando a períodos reales. Por ejemplo,

la época de Perón aparecía a cada rato como referente para los obreros. Pero aún cuando servía casi siempre para menospreciar el presente, este referente era indicado en forma puntual sobre cuestiones bien determinadas, más que nada la económica y lo que hacía al «bienestar del obrero», para el que la época de Perón fue «bien buena». Por otra parte, mediante el careo de las referencias temporales reales que la gente mechaba (referencias a huelgas, gobiernos, episodios ubicables en una cronología, como pavimentaciones de avenidas o partidos de fútbol «famosos»), pudimos concluir que –inclusive en un mismo informante– ese «antes» de la oposición con el «ahora» abarcaba una franja temporal desmesuradamente extensa: entre la primera década de este siglo y unos pocos años antes de la fecha de las entrevistas, en forma totalmente independiente de la edad de los informantes.

Desechamos, por consiguiente, la posibilidad de que la variable puramente cronológica tuviera relevancia para lo que nosotros estábamos indagando, ya que nos ubicaba en una generalidad difícil de acotar en términos explicativos.

Por eso podemos decir que, más que un *crónos*, representa un *éthos* mediante el cual el barrio adquiere modalidades distintivas e identidad como tal. No es una mera referencia al pasado. Ni siquiera es parte del pasado entendido como historia lineal del barrio. Los episodios y los casos que la gente relata ocurridos en el barrio cumplen aquí un papel de refuerzo en la construcción de ese *éthos* barrial. La época base es la actualización valorativa de un «pasado» con presencia, porque es un pasado concebido como representación, y lo que para nosotros es presente, esta ideología lo valora como algo ya producido, como una reproducción. El valor fundamental de la época base reside en oponerse aun ahora que tampoco es mera referencia al presente, sino el símbolo del no-barrio.

### El arraigo como medida de la barrialidad

En el barrio viejo de casas bajas lo barrial es un valor antonímico de la villa y los monobloques que lo circundan, que son considerados en forma ambigua como «parte» y «exterior» del barrio. Pero la gente del barrio establece taxativamente una distinción dentro de villas y monobloques. En ellos hay tanto «buena gente» como «malos elementos». Estos últimos son los que «viven allí por conveniencia», «todos mezclados», los que «están de paso», «sin tener cariño por el barrio». El otro grupo, el «bueno», está compuesto por «familias», es «gente tranquila», «trabajadora», que «cuida y quiere al barrio», los que «están de antes» en villas y complejos.

El principal valor por el cual se llega a esta distinción es el arraigo. Todos los atributos que se asignan al grupo «bueno» coinciden con los que a su vez son asignados a la gente del barrio propio de casas bajas. Por medio de la calificación de «arraigados», cierta gente de la villa y de los monobloques pueden llegar –en la visión del barrio– a parecerse a la gente del barrio: «hay gente en la villa que no son como los villeros, que quieren formar un barrio, son los que están ahí de hace mucho. A esa gente se la puede tratar, son madres también».

El resto de los atributos quedan subordinados al arraigo. Este valor es capaz de producir una ruptura –aunque parcial– en el estereotipo dominante que se tiene de la villa y el villero, que sin embargo aflora cuando se le advierte al investigador: «sí, hay gente buena en la villa también, pero no te vayas a meter ahí, ¿vo sabe lo que es una villa? Si entra algún paisano que no tiene nada que ver en la doma, ¿vite?...»

### Lo barrial de los barrios

Es evidente, entonces, que hay una diferencia entre el barrio referencial y el barrio como valor. Al primero lo llamamos «barrio» y al segundo lo barrial. Por consiguiente, encontraremos elementos o rasgos que pertenecen al barrio pero no a lo barrial. Esto que acá exponemos como una interpretación un tanto conclusiva fue en principio planteado como una hipótesis de trabajo que luego fuimos verificando.

La época simbólica que vertebra valores con los que se define que tal o cual barrio es un barrio (que posee lo barrial) nos obliga ya a concebirlo no sólo como «espacio». El barrio como espacio está subordinado al barrio como tiempo-*éthos*, con capacidad para construir ideológicamente una identidad.

El indicador más nítido de la época base aparece en los discursos como una simetría invertida de cada rasgo con que se define el barrio por el eje temporal, de modo que todos los signos «positivos» son ubicados en ese antes y todos los «negativos» en el ahora. Simultáneamente, esta simetría invertida define el significado de lo que para la gente es el «cambio», el «adelanto», el «progreso». Es lo que se opone a la red metonímica de la época base en la que cada atributo queda «capturado» como una «parte» de lo mismo que es porque sí, naturalmente.

El arraigo, en consonancia con el «antes», está compuesto por la red que gira alrededor del eje de lo arraigado y lo cambiante. Y este eje es capaz de componer la base de la identidad porque sólo en función suya los demás valores se configuran como tales. Pero en cuanto a los

mecanismos de composición de esta ideología, es la base porque no hay otro valor que tenga suficiente capacidad para romper o desgarrar mediante una contradicción a esa red metonímica. Es precisamente el sostén de esa red. Por eso el arraigo es el valor básico de esa identidad. Si hubiera contradicciones con capacidad para romper la red tendría que haber otros valores capaces de introducirse en ella con fuerza suficiente para provocar la ruptura de la naturalidad y de lo que la red encierra en su interior como dado.

De esto se deduce que los valores son, de por sí, un peligro para la estabilidad de la red. Su posible ruptura sólo provendrá de ellos. Una ruptura de la red naturalizada de lo barrial la detectamos, por ejemplo, cuando por sobre el valor del arraigo prevalece un aspecto del valor de clase en la imagen del barrio que tiene cierta gente. Una supervisora de escuelas, por ejemplo, nos llegó a decir: «por suerte, este barrio está cambiando gracias a que a la gente vieja se agregan familias bien que... usted lo puede ver en... los autos... un sierra», una «fuego» en la puerta...». Evidentemente lo que está mostrando como naturalizado este discurso no es el arraigo sino la asociación de lo familiar con el cambio «positivo» («por suerte») y la marca de ciertos automóviles, como indicadores de lo «bien».

Es que siempre habrá un valor que se constituirá en la razón de ser de cualquier naturalidad; un valor eje capaz de construir esas dos redes simétricamente invertidas. Y dijimos recién que en la ideología barrial el presente se concebía como una re-producción paradójicamente negada, porque es un intento de reproducción de ese pasado como negación del presente. Necesariamente ese eje debe tener una propiedad que sea capaz de mantener un determinado grado de estabilidad de la red, a pesar del «bombardeo» constante del resto de valores. En forma consecuente, podemos decir que la red será estable en función del movimiento que en su interior produzcan esos valores desde los cuales la red corre peligro potencial.

Esto nos lleva a plantear que es el riesgo de ruptura el que provoca la necesidad de la reproducción en el tiempo de la red de la época base; el riesgo representado por los opuestos al valor básico (el arraigo) y por la ruptura de algunos de los valores que actúan en este caso como secundarios. El riesgo de ruptura es, por lo tanto, el motor de la reproducción.

De lo que se trata es de reproducir esos valores en el tiempo a pesar del tiempo o –lo que es lo mismo–: producirlos en el presente a pesar del «ahora» que se opone a esos mismos valores por el solo hecho de ser «ahora». A esta deconstrucción del presente mediante una época que

re-presenta –como ya– producido– el pasado como razón» naturalizada la llamamos *deshistorización*.

Para la significación de lo barrial, por ejemplo, vale más lo arraigado que lo meramente residente o presente en el barrio. Que una persona sea considerada »del barrio« –o que se la valore como «muchacho de barrio», independientemente de su edad– no depende de que habite el barrio físico, sino básicamente que sea considerado arraigado en ese barrio. Cabe preguntar, entonces, cuáles serán los actores sociales que estarán en condiciones de ser arraigados, en cuanto a ser capaces de reproducir esa identidad. En otras palabras: ¿quiénes se situarán para esta ideología en el papel de tan peligrosos como para constituirse en su motor interno?

Este papel lo cumplen los jóvenes: «la juventú», «las barritas», «los muchachotes», «esos que andan por ahí». Los jóvenes simbolizan el riesgo de ruptura de la identidad barrial. En principio, ocupan una posición de oponentes al paradigma con el cual se construye la identidad cuyo referente es el barrio. Pero, por sobre todo, ocupan el lugar de lo opuesto al arraigo y a la época base. Son la razón de ser de la época base, lo que provoca su existencia, pues esa época –como *éthos* del barrio– necesita reproducirse en y por medio de los jóvenes. De otro modo se interrumpiría la reproducción.

Esto, que al inicio de nuestro trabajo fue una hipótesis deducida lógicamente, tuvo que ser verificado por el papel que la ideología de la identidad barrial hace jugar a la juventud como opuesto necesario de lo barrial. Lo opuesto a la tranquilidad es la juventud; lo opuesto a lo familiar es la juventud; lo opuesto a la relación solidaria entre los vecinos del barrio es la juventud. A la vez, la juventud posee –para esta ideología– los mismos rasgos del «ahora» opuesto a la época base.

El resultado de nuestro análisis nos llevó a preguntarnos sobre la posibilidad de que la juventud real, habitante del barrio, pudiera ser considerada o no parte de lo barrial del barrio, de su *éthos*. Por unos instantes tratamos de preguntar o apuntar a la juventud con un concepto puramente «temporal» de ella, prejuzgándola como grupo de edad. Pero en el análisis mismo pronto se nos hizo patente que la juventud que actúa como motor de esa reproducción y que se opone a la época base es una juventud simbólica, que cumple el papel de oponerse a la juventud de la época base. No es un grupo de edad, una variable de base necesariamente «real». El enfrentamiento o la contradicción sobre la cual se edifica la identidad barrial no es entre los «viejos» del barrio y

los «jóvenes» del barrio, sino, en todo caso, entre los jóvenes de antes y los jóvenes de ahora.

A esta conclusión llegamos por dos vías. En primer lugar, porque nuestros informantes iniciales, con los que elaboramos nuestras hipótesis tentativas, no eran exclusivamente no-jóvenes. Sus edades oscilaban entre los 24 y los 82 años. Y compartían esos significados por igual. En segundo lugar, porque cuando investigamos la ideología de los jóvenes del barrio, no constatamos esta contradicción, o más bien corroboramos que también para ellos la identidad barrial se construye a partir de un tiempo idealizado opuesto al ahora.

Al confrontar lo que se decía de la juventud de antes y de la juventud de ahora, nos encontramos con referentes sumamente semejantes. Sólo que valorados en forma distinta, pues el eje al que esas valoraciones se subordinan es el de la época base deshistorizada. Nos encontramos con similitudes sorprendentes entre los dichos de informantes de 18 y de 65 años, por ejemplo. Aún para los más jóvenes había un antes propio de ellos, en el que muchas cosas eran «mejores» en el barrio, «no como ahora»... Y en el antes y en el ahora se distribuían las mismas relaciones de oposición que habíamos constatado en la ideología de los informantes de más edad.

Lo que hacían las barras de antes eran «hazañas»; «irse de un baile sin pegar unas trompadas era como irse incompleto a la casa»; «éramos gente que tenía su coraje»; «tener una muerte hacía que te respetaran». En cambio, las de «ahora» son peleas entre «maricones», «drogadictos», no se sabe «pa»qué lado patean»; «juegan a las muñecas». «Antes no había maldá»; «la gente era más unida», «más familiar, más solidaria». «Ahora patotean, se pelean, se matan, no trabajan, se escucha cada palabrota». «Antes, para decir «boludo» se decía «labrador»; «éramos gente de trabajo». «Ahora hasta le roban a la madre». «Antes le dábamos un porcentaje del sueldo». «Ahora no laburan, andan por el pul todo el día». Roban, pero «en mi época se conocían ladrones en serio, yo conocí al Pibe Cabezas».

En suma, peleas eran las de antes. Robos eran los de antes. Muertes eran las de antes. Barras eran las de antes. Juventud... era la de antes.

Nuestra hipótesis sobre el riesgo de ruptura de la reproducción, como motor de la identidad barrial, pudo ser llenada entonces con este valor que adquiere la juventud para el paradigma: ser su oponente necesario y por el cual esa época deshistoriza el presente y se constituye en la base de la identidad del barrio.

## Lo otro y los otros

La otra dimensión de importancia emergente del análisis de las relaciones de oposición estaba compuesta por el eje barrio/no barrio. Los componentes más recurrentes de estas oposiciones fueron dos: los «otros barrios» y «la juventud» nuevamente. En un segundo plano de recurrencias –en dos de los barrios estudiados–, «las villas» y «complejos» habitacionales distribuidos en forma ambivalente en la consideración de la gente del barrio como «dentro» y a la vez «fuera» del barrio.

Se identifica el barrio propio por medio de la diferenciación respecto a los barrios linderos sobre la base de comparaciones que tienen como ejes los valores de lo barrial. De esta manera, el barrio queda identificado en forma conjunta con barrios que también se consideran «obreros», «tranquilos», «antiguos», «familiares», que tienen «mala fama» para los ojos de los barrios no obreros o para «la gente del centro», etc. Pero el barrio propio es el más obrero, el más tranquilo, el más familiar, el más barrio. Con esta distinción corroboramos algo ya anunciado: una cosa es lo barrial como paradigma que sirve para medir «el grado» de barrialidad de los distintos barrios y otra cosa es el barrio. Hay «otros» que también son «barrios» sólo en la medida que comparten esos valores. Pero el «mío» es más barrio. Y si no es lo mismo el barrio que lo barrial, tampoco será lo mismo lo no barrial que los otros barrios.

Cuanto mayor es la relación y la interacción que se da entre los barrios, mayor es el grado de diferenciación que establece la gente entre ellos. En cambio, la identificación-diferenciación más tajante se da respecto a los otros barrios considerados no linderos, que en general ni siquiera son nombrados. Estos «otros» son definidos por medio de oposiciones genéricas (por ejemplo, «casas bajas/departamentos», «casas bajas/jaulas», «casas bajas/cárceles») o con relatos de gente que se fue a otro lado y finalmente quiso volver al barrio. En el barrio caracterizado por estar rodeado por varios complejos habitacionales, la vida en estos monobloques es descripta –por los habitantes del barrio de casas bajas– como opuesta radicalmente a cada uno de los valores de lo barrial que tiene el barrio propio. Los complejos de tipo monobloque representan para esa ideología el *no-barrio*, por no poseer los valores de lo barrial. Y en el barrio cercano a algunas villas, estas reciben de parte de la gente del barrio la misma valoración que se hace de los monobloques.

Esto alerta sobre la relatividad de los referentes empíricos que, en una visión superficial, podrían hacernos caer en tipificaciones parciales o engañosas. En efecto, si bien en los barrios viejos, obreros, de casitas

bajas, la gente construye su identidad barrial en oposición a los barrios «no obreros», de «bacanes», etc., también lo hace en confrontación con la «vida en departamentos» y la vida en las villas en forma conjunta. Villas y departamentos adquieren para esta gente la misma significación, a pesar de las diferencias –incluso reconocidas por ellos mismos– de tipo referencial y «evidentes». Hay barrios que consideran que el monobloque o la villa están «dentro» de los límites del barrio propio, pero no les asignan la categoría de *lo barrial*. La cercanía o lejanía puramente espaciales son totalmente relativas para la significación de lo barrial.

En el barrio propio confluyen lo barrial y el barrio. En los «otros» se verifica el ser «barrios», pero diferenciadamente respecto a su ser «barriales», esto es: comparten en forma diferenciada y contrastiva los valores de lo barrial. Y la distinción en donde lo no barrial prevalece sobre el ser barrios establece una relación diferenciadora con otros lados, no con otros barrios.

### La barrita como motor interno de lo barrial

La significación que tiene para la gente del barrio «la juventú» es coincidente con la significación que atribuye esa misma gente a las villas y complejos en sus variantes «no arraigadas». Los mismos rasgos que se adjudican al «elemento malo» de los monobloques y a los villeros también son asignados a los jóvenes en el barrio propio. A «esos que andan por ahí», que «no trabajan, roban, no respetan a los padres, a nada, se drogan, se van del barrio, no le tienen cariño al barrio, no son controlados por los padres, no tienen moral», etc. Como puede verse, componen una matriz de rasgos valorada como opuesta a la de la época base del barrio, aquel antes que también incluía a las barras de antes y sus «hazañas». Las barritas de ahora son –en la significación que les da la gente– la proyección invertida de las barras del antes. Su diferenciación pasa precisamente por la dimensión temporal como eje valorativo básico («barras eran las de antes»).

Un elemento que concurre en los discursos cada vez que los vecinos se refieren a «esos» es el hecho de no considerarlos del barrio: «no son de acá», «vienen de allá», de «otros lados», «de los complejos», «de las villas», «de la provincia», o «del otro lado de la avenida X». Es una especie de expulsión expiatoria del barrio porque las barritas son el oponente de los valores que componen lo barrial que tiene el barrio. La importancia de ese no ser «de acá» reside en que, independientemente de la certeza que se pueda tener acerca de los lugares de origen de los jóvenes de las barritas, el hecho constatable es que esas barritas son barritas en el barrio desde el cual se dice que no son «de acá». Que no sean «de acá»,

en última instancia, significa simplemente señalar que no duermen, no residen, no «viven» en el barrio de marras, cuando puntualmente lo que se está indicando es que como barritas es en el barrio donde funcionan, donde se ocupan de ser barritas. Lo que no comparten con la ideología con que se construye la identidad barrial es lo barrial que tiene el barrio, porque para lo barrial, barritas «eran las de antes».

Son lo extraño dentro del barrio y por eso se las expulsa ideológicamente del barrio. Aquí se establece una diferencia con la significación de las villas y complejos para la identidad barrial. Las villas y complejos son lo diferente invasor del barrio. El eje axiológico llega a «incluir» dentro del barrio las villas y los complejos cuando se les atribuye diferenciadamente el arraigo. En cambio a los jóvenes se los expulsa justamente porque es en el barrio donde actúan y constituyen una oposición a lo arraigado. Villas y complejos en conjunto con los jóvenes rompen la homogeneidad de lo barrial como valor, porque se oponen a los valores de lo barrial. Pero villas y complejos pueden ser situados más fácilmente fuera de los límites de la identidad barrial, ya que ésta se abre y los incluye ideológicamente cuando son «arraigados», su valor básico.

Para las barritas juveniles el paradigma formado por los valores de lo barrial tiene asignado otro «destino»: deben estar allí («esos que andan por ahí»), en el barrio, oponiéndose a lo barrial como *éthos*—como valor o conjunto de valores—, para que lo barrial siga teniendo eficacia; constituyen el motor interno de la identidad barrial. Sin su permanente «tarea» de oposición, lo barrial carecería de dinámica interna, de contradicción interna, de su razón de ser propia.

Desde lo diferente de afuera de la identidad barrial (de los barrios no linderos y linderos, de los otros barrios) la identidad del barrio se afirma. Y esta afirmación se establece en un plano sincrónico. En cambio, el carácter de motor interno que tiene la barrita juvenil garantiza la necesidad de reproducción en el tiempo de lo barrial que tiene el barrio, de la identidad de ese barrio como barrio-valor. La barrita representa el riesgo de ruptura de los valores de lo barrial, porque representa básicamente una ruptura paradójica de la reproducción. La barrita juvenil reproduce el antes pero con la significación del ahora. Pone en peligro la reproducción de la época base, porque actualiza ese antes en el ahora, pero lo historiza al hacerlo presente en el presente. Implica un riesgo porque ese antes pasa a ser, con la barrita, el ahora y, de consumarse esto, la identidad cuya base es ese antes, podría dejar de existir.

La barrita juvenil representa lo heterogéneo dentro del barrio que no logra romper la homogeneidad funcional del eje axiológico, precisamente

porque es el que lo contradice internamente y, de esta manera, lo pone en marcha. Es lo heterogéneo que está en permanente acechanza de convertirse en lo diferente, pero sin lograrlo. Es que si realmente lograra convertirse en lo diferente pasaría a estar fuera de la identidad y ésta carecería de motor interno –su propio riesgo de ruptura–. Desde lo diferente-externo, de lo que no es ese barrio, no proviene el peligro de contradecir la identidad, sino justamente lo contrario: desde afuera se la reafirma, porque es el *otro-afuera* y el peligro radica en el *otro-adentro*. Y, entonces, cumpliendo fielmente ese «destino» de barrita juvenil como peligro necesario para la propia existencia de la identidad, el mismo paradigma de la identidad la envía afuera («no son de acá»), hacia lo que no constituye un peligro, hacia el afuera ideológico, hacia la diferenciación no peligrosa, en un juego que nunca acaba, a riesgo real de romper la identidad.

### La historicidad de lo barrial

Habíamos anunciado que era necesario colocar las relaciones de eficacia simbólica en una dimensión histórica, en la que respondiéramos al porqué de la restricción de las posibilidades de sentido de lo barrial a ese sentido y al porqué de su actualización en la ideología de la identidad de esos barrios. Esto implica inquirir las relaciones de necesidad que determinan la restricción del sentido de ese producto ideológico. Y sólo será posible captar ese sentido en el *ring* de su confrontación con «algo» que se le ponga enfrente, ya que es posible hablar de sentido sólo mediante la confrontación de sentidos.

Pero hemos de rehuir cierta consabida –y relativamente crítica– actitud «antropológica» consistente en estudiar un fenómeno como ahistórico y luego «insertarlo» teóricamente en la Historia por medio de una genérica preconcepción de las relaciones de dominio, hegemonía y determinación, como si estas relaciones sólo sostuvieran el fenómeno pero no lo penetraran o formaran parte de él, como si fueran algo expectante y exterior.

La Historia se sitúa en el ámbito de los fenómenos ideológico-culturales, es su savia y su nutrición y no mero tronco que sostiene sus frutos. La Historia no está fuera de lo ideológico o de las identidades. Un fenómeno ideológico no es algo que sólo está mediatizado respecto a las relaciones históricas. La mediación es la forma de ser de lo ideológico. No es posible el desencaje de la mediación por un lado –como relación– y lo mediatizado –como producto– por el otro.

Trataremos de llegar, por lo tanto, a la mediación histórica de la identidad barrial mediante el análisis de su propia dinámica interna.

Establecimos que la naturalidad de las dos redes metonímicas simétricamente invertidas (indicadoras de la deshistorización) sólo puede ser «superada» por contradicciones internas que sean capaces de desgarrarlas hasta llegar a su ruptura. Estas contradicciones aparecen como paradojas o disonancias dentro de la armonía del paradigma o eje axiológico. Representan lo que esta ideología logra o no superar según los contextos en que se actualiza. Cuando aparecen como pequeñas «partecitas» que por más que pujan –contradiendo– apenas llegan a producir diminutas rupturas y no alcanzan la ruptura total de la identidad, producen en esta una especie de desgarró (como fibrillas rotas que sólo logran que un músculo se tuerza sin romperse).

Esta ideología las «supera», cuando le es posible, por medio de una escisión en el significado de un mismo referente (por ejemplo, las «mismas» acciones de las barras de antes y ahora con distinta significación) o «envolviéndolas» en la red de la naturalización (por ejemplo, la «tranquilidad» de no irse sin dar unas trompadas en el baile). Cuanto más importantes son las contradicciones, la red necesita ser más envolvente y, de esta manera, se naturalizan en mayor medida los términos de la contradicción, apelando aún más al *de por sí* de lo dado. La envoltura mayor de que es capaz la identidad es la deshistorización en una red naturalizada que dimos en llamar época base de la identidad.

Por medio de las paradojas y las contradicciones se pone al descubierto el mundo objetivo ante el cual actúa la ideología, el mundo de problemas que provocan la necesidad de esa construcción ideológica como un producto histórico. Las paradojas y contradicciones son como ojos de buey por donde se hace posible atravesar la opacidad de los símbolos con que se construye la ideología, porque por ellas se transparenta ese mundo objetivo que determina la existencia de esos símbolos y de esa ideología. Conforman en conjunto las contrariedades o escollos que debe «vencer» el paradigma. Se las puede encontrar en dimensiones ínfimas o involucrando las grandes variables del eje axiológico y poniéndolo en «peligro». Mostraremos a continuación algunas de estas «contrariedades».

## Barrio y familia

Uno de los rasgos más importantes con los que se construye lo barrial es lo familiar, incluso reflejado en la imagen del barrio como «una gran familia». El núcleo de su significado es que la familia es lo que ejerce

y debe ejercer control sobre la juventud. La gente habla del barrio, lo asocia automáticamente a la familia y termina asignando a ambos términos la misma función: controlar a los jóvenes que, por definición, son «naturalmente» incontrolados.

A su vez, dentro del significado de «familia» se establece la diferencia «natural» entre el padre controlante y la mujer e hijos controlados por él. El control del padre llega incluso a condicionar el tipo de relación social que en el barrio puede tener la mujer (esposa o hija) y lo que la mujer puede llegar a conocer del mismo barrio, a juzgar por los dichos de las propias mujeres donde explicitan esta restricción: «mi padre, por empezar, la mujer en su casa, así que a mí de grupos en el barrio no me preguntes»; «al baile sí, me llevaban, yo iba, pero mi papá, si no iba mi vieja no me dejaba ir. Si llovía el día que me dejaban, era una amargura, porque la verdá me sacaban cada muerte de obispo, era de lindo aquello, no como ahora, que las chicas van solas a los baile». El resultado de esto dentro de las relaciones de oposición, es un signo negativo de las relaciones de vecindad, lo que contradice su propio significado recurrente como rasgo fundamental de aquella época base, y es plenamente coincidente con el significado más recurrente de la familia: lo que controla a los jóvenes. La familia es familia sólo si el control lo ejerce el padre sobre las mujeres. La esposa-hija, para quedar comprendida dentro del significado de la familia, debe ocupar el lugar de destinatario de la acción de controlar, debe ser controlada.

A la mujer se la define por su diferenciación sexual respecto del hombre, pero se la concibe mediante la restricción del sentido precisamente por lo sexual. He aquí la contradicción. O bien es «chica de su casa» (controlado su sexo por el padre), o bien «ama de casa» (restringido su sexo por el esposo).

Para lo barrial, la categoría mujer es «naturalmente» controlada en lo sexual dentro de la familia, o si no pasa a ser otra cosa: pasa a ser parte de las «mujeres» incontroladas, las «putas».

Algo similar ocurre con la relación padre/hijo, cuando el hijo ocupa el lugar de destinatario del control y sólo en esa asignación es incluido dentro del significado de lo familiar. Sólo que el hijo varón puede y debe ser un «muchacho de barrio». Ser «hijo» está restringido por el padre, pero, en cuanto a su sexo y para su sexo –para ser hombre–, debe transformarse en un «muchacho de barrio».

Una dimensión mínima en la que se reflejan estos sentidos es en el uso metafórico que adquieren términos ligados estrechamente a la familia y que son sumamente recurrentes. Por ejemplo, cuando surge

la oposición «muñeca/mamá»: «ante teníamos quince años y jugábamos a las muñecas, ahora a los quince años ya son mamá de verdad». La ingenuidad (el «no saber nada») del análisis nos haría suponer –antes de detectar la metáfora– que por el término «mamá», el rasgo familia queda ubicado en el «ahora», lo que produciría una contradicción con el paradigma de lo barrial, el que dicta que lo familiar está en el antes por «naturaleza». En el ejemplo, esto se supera con la instauración de un «nuevo» significado que rompe el rasgo, cuando «mamá de verdad» adquiere el valor de mujer sola. Es como si desde la red metonímica –que tiene «capturado» el significado de madre dentro de lo familiar y lo familiar dentro del barrio y el barrio dentro de la época base– se proporcionara un mero referente para que, mediante un uso metafórico –por eso «nuevo»– y no convencional, la red pueda seguir envolviendo la contrariedad.

Lo mismo sucede con el uso de «muñecas» cuando se opone a «pelea» (antes éramos de pelear/ahora juegan a las muñecas») y se da como equivalente a degeneración del sexo («ahora no se sabe pa»dónde patean esos»), lo que contradice la recurrencia del paradigma respecto a la *relacionalidad* en la dimensión temporal (que expresaba que la mayor *relacionalidad* se daba en el antes) y a lo familiar por la misma razón.

Asimismo, cuando en diversas ocasiones se asocia metonímicamente el irse del barrio a raíz del casamiento («uno se casa y ya se aleja del barrio,»... «otros (de la barra) se casaron y se fueron»), este elemento, que convencionalmente se define como paso necesario para la formación de una familia, contradice la adherencia metonímica y natural constante de lo familiar con lo barrial. Y lo contradice ostensiblemente, porque en otros contextos el casamiento suele aparecer como causa del arraigo de los vecinos al barrio, cuando el casamiento es concebido entre «el muchacho de barrio» y «la chica de su casa». En esta última ocasión, no se constata un uso metafórico del casamiento ni de ningún componente «familiar», salvo los chistes referidos al casamiento como pérdida de la «libertad» y alejamiento de la calle, del barrio, con lo que la contradicción sigue en pie: el casamiento forma la familia –que es parte sustancial de lo barrial–, pero puede producir el alejamiento del barrio.

Este conjunto de contradicciones tiene, entonces, como referente a la familia. Los primeros ejemplos tienen en común la contradicción planteada por el eje de lo controlado/ no controlado, que se manifiesta por la recurrente «mujer sola» del ahora, que se corresponde con la juventud incontrolada por la restricción concreta del padre respecto

a la hija-esposa y por el hijo controlado por el padre. En esos casos, la contrariedad queda capturada por su correspondencia con la significación del propio significado del valor «familiar» como controlante.

Sería difícil afirmar que el uso de un significante recurrente del rasgo familia («mamá») para la «solución» metafórica del tercer caso es casual.

Más bien aparece reforzando lo que en los otros ejemplos se da en forma directa, sin metaforización: la familia como control. Pero no un control indeterminado, ejercido desde la familia como totalidad, sino desde la familia, porque dentro de ella a su vez el control es determinado por uno de sus componentes: el padre-esposo. Es un control cuyos destinatarios son la hija, la esposa y el hijo, y del que sólo «escapa» la mamá de la metáfora.

Esta restricción aparente del significado de lo familiar como «solución» no es ni más ni menos que una operación realizada por la propia ideología en cuanto despoja del valor de la familia a sus elementos puramente subordinados: hijos y esposa, los que sólo valen en cuanto sean destinatarios del control por el padre-esposo.

En el cuarto ejemplo, se constata que la ideología no apela a ningún tipo de «solución», pues la ambivalencia del casamiento respecto del barrio puede seguir en pie. Podemos afirmar que lo barrial no se hace «cargo» de solucionar la razón de la contrariedad que plantea el casamiento –como parte convencional del significado de lo familiar– respecto al barrio (esto es, como *causa* del irse del barrio), porque para lo barrial el casamiento no es un «problema». Y si no es «problema es porque es una solución», (el término de algo y no el inicio de algo). Por eso la ideología lo soslaya y lo deja en pie. ¿Cuál podría ser el «problema» del cual el casamiento es una «solución»?

Veamos. ¿Quiénes son las que deben casarse? ¿Las mujeres «solas»? No. Las que deben casarse (y las que el paradigma asigna tener la posibilidad de hacerlo) son las «chicas de su casa». ¿Con quién deben hacerlo? Con el «muchacho de barrio». ¿Cuál es el problema de ambos para esta ideología? Que estén incontrolados. ¿Cuál es el camino para que la chica de su casa siga en su casa superando el pasaje de chica (hija) a mujer? Que no sea una «entre las mujeres» (putas). ¿Cuál será la única «solución»? Que sea esposa y, como tal, siga estando controlada por la familia, esto es, por el esposo.

Por eso, para la ideología que tiene como referente al barrio, poco importa que esto se dé dentro o fuera del barrio. Pero sí importa que no se oponga a lo barrial.

¿Dónde podemos situar lo que se opone, lo que resulta lógicamente objetivo a este aspecto de la ideología sobre lo barrial? En el hecho de que los jóvenes, al casarse, deben irse del barrio, porque en el barrio no encuentran vivienda, por ejemplo. Y el «problema» queda sin «solución» porque para la ideología barrial esto no es problema, aun cuando sea recurrente el lamento por los jóvenes que abandonan el barrio.

Es que irse del barrio no pone en peligro al paradigma, no pone en riesgo lo barrial que tiene el barrio. Lo barrial sirve para obturar la problemática de por qué los jóvenes casamenteros se van del barrio. Se irán, pero el barrio seguirá, en última instancia, siendo lo barrial. Total, ellos podrán llevarse lo barrial a otro barrio.

Luego de analizar estas «contrariedades», hubimos de verificar nuestras hipótesis con un trabajo de campo con referencias puntuales. El resultado de la requisitoria sobre el «casamiento» fue coincidente en que significa una «solución» al problema de la juventud «en la calle», para ambos sexos, y que el casamiento hace que «uno ya no esté en la calle tanto», volviendo –como se ve– al control por parte de la familia, pero un control sobre el sexo, para el que el barrio (la calle) no es control eficaz, como el familiar, salvo mediante la proyección de ese control hacia la «policía» como agente de la restricción sexual fuera de la casa.

### La paradoja del muchacho de barrio y la chica de su casa

Los jóvenes encuentran la salida al control familiar –específicamente en relación al otro sexo– en «otros lados», no en el barrio. A los varones el paradigma les dicta que a las mujeres (para su sexo) se las encuentra en los otros lados, no en el barrio. Porque no hay «muchachas de barrio», esta expresión no aparece. Lo que hay son «chicas de su casa», controladas por la familia. Y la familia es asumida por los jóvenes como el paradigma dicta: como control. La relación del joven ante el control familiar es dual: acepta el control cuando significa «no control» (su vida como «muchacho de barrio», amistosa, cuando sus violencias son «hazañas») y rechaza el control –yéndose del barrio– cuando el control significa restricción a su vida sexual.

Irse del barrio significa irse del control de los padres (que, a su vez, es necesario para ser valorado como muchacho de barrio: tranquilo,

con amigos, compañero, escolaseador<sup>24</sup>, jugador, peleador, macho), pero simultáneamente significa «hacerse hombre» con mujeres, que para el paradigma de lo barrial están ausentes en el barrio, porque en el barrio sólo hay chicas, pero «en su casa».

La «salida» del control por el joven es el resultado de la aceptación del control del paradigma, que es el que lo expulsa a «ser hombre» –sexualmente hablando– fuera del barrio. Y como mujer a confinarse en el no ser parte de las mujeres, por ser una «chica de su casa», de su familia, esperando ser encontrada para formar otra familia.

Esta ideología no da cabida a la relación de pareja (hombre-mujer), porque no admite a la familia como algo parejo, sino que el hombre restringe las posibilidades de la mujer. Y la comunicación de la familia como reproducción se deja librada a la infracción al código por el cual una mujer-no mujer («chica de su casa») debe ser hallada por un hombre hecho hombre con mujeres-mujeres en «otros lados» y al que no se le permite buscarla como mujer-mujer en el barrio, porque ella está «en su casa», pero se le «obliga» a encontrarla, para formar una familia.

Lo que se opone a lo familiar –adherido metonímicamente al barrio– es lo sexual de los jóvenes de ambos sexos. Las mujeres-mujeres con que se tiene que hacer hombre el muchacho de barrio son equivalentes a «mujer sola», fuera de la familia, fuera de control –en tanto no pertenece a un hombre–, es decir, en tanto no sea mujer de su casa, de su familia, porque pertenecer a un hombre no significa ser mujer, sino conformar una familia. Ese tipo de mujeres («putas») no debe ser buscada en el barrio, pues, a lo sumo, en el barrio hay una (bien referenciada, con apodo), estigmatizada desde los valores de lo barrial como «mujer sola» –sin hombre o, lo que es peor, con muchos hombres–, pero necesaria para establecer la diferenciación entre las mujeres y las chicas de su casa dentro del barrio.

A la mujer, para ser hombre, se la debe buscar fuera; pero a la mujer, para formar familia, se la debe encontrar dentro sin buscarla, porque debe antes ser una chica de su casa, no del barrio. Este problema no lo resuelve el paradigma de lo barrial, porque para el paradigma no es un problema sino una «solución». Como posibilidad problematizada, el paradigma la trunca. Y como tal se la apropian los jóvenes, tanto que en el medio del baile todos esperan que el *disc jockey* pase un tema a cuyo estribillo todos por igual pondrán letra. Los muchachos cantarán:

---

**24** Escolaseador, escolaso: en el lenguaje popular rioplatense refiere al jugador y al juego de cartas por dinero.

«¡Mujeres!»

Las niñas preguntarán a coro: «¿Quéééé?» Los chicos atronarán: «¡Putaaaaa!»

A los que ellas contestarán: «¡Gracias!» Y seguirá el baile.

## Barrio y cambio

La relación entre el «gusto» o «cariño» por el barrio y el «cambio», representado por el «ahora» opuesto a la época base, plantea algunas contradicciones.

En primer lugar, la gente no define el barrio por su «belleza» o por ser «lindo» y así lo explicita: «no tendrá nada lindo, pero me gusta». Pero a su vez, en forma ambigua, también le atribuye al barrio ser «lindo» en el presente. Aparte de esta ambigüedad, tenemos que por medio del gusto hacia el barrio se «soluciona» el hecho de que el barrio no sea lindo o pueda no ser lindo, y «lo lindo», finalmente, queda subordinado al gusto. Pero llama la atención la explicitación misma de que en algún otro lado, por medio de algún alguien, que no es la gente de barrio, se pueda decir que el barrio «no sea lindo, pero...», dando por supuesto la posibilidad de que el barrio debería ser lindo. Es decir, se reconoce la posibilidad de lo lindo pero se la subordina al gusto y al cariño, que no se *ponen a prueba*, no se cuestionan, ni se subordinan a que el barrio sea lindo, sino al contrario, dado que el cariño y el gusto por el barrio son porque sí.

Por otra parte, la gente define lo barrial de su barrio como lo opuesto al «cambio», al «adelanto» y al «progreso», equivalentes todos al «ahora» (opuesto a la época base), en la que el barrio deja de ser obrero, familiar, bueno, pobre, tranquilo, donde la gente se conoce entre sí, etc., cuando el barrio pierde su barrialidad. Sin embargo, no se deja de manifestar que «el adelanto es bueno», aunque siempre se le agrega un «pero», o directamente se dice «el progreso será bueno, pero». Porque «yo cambiaría todo lo que tengo ahora cincuenta mil veces por la vida de ante», cuando el barrio era más barrio por ser lo barrial. Es recurrente en estas expresiones que la bondad de antes no es la misma que la «bondad» que se usa para definir el barrio y sólo surge en las relaciones de *adversidad* respecto al gusto por el barrio. Por eso se dice «el progreso será bueno», esto es: en algún otro lado alguien dirá o dice que el progreso es bueno. El mensaje sería: alguien, en algún «otro lado», podrá decir que el adelanto es bueno, pero Yo pienso que no («pero»). Lo pienso pero no lo digo en forma directa, porque el decir de ese otro tiene cierta autoridad y es dominante respecto a lo que yo pienso. Por eso se apela

al gusto «natural» por el barrio, que está por encima de la bondad del adelanto dicha en otro lado y que está adherido metonímicamente a la época base. Para que esta «bondad» del adelanto no sea contradicha por la bondad del barrio se la contrapone y subordina al gusto por el barrio. Lo metonímico envuelve la contradicción.

En tercer lugar, en la relación entre lo barrial, el gusto por el barrio y la falta de servicios se produce esta contradicción: al plantear preguntas sobre lo que no gusta del barrio o gusta menos, las respuestas más recurrentes de la gente (luego de expresar al unísono «noooo, sobre lo que a uno le gusta no hay que sacar defectos») fue la falta de servicios, a saber, falta de desagües, falta de asfalto, falta de limpieza en las calles, falta de escuelas, falta de transportes, falta de apoyo municipal para iniciativas propias, etc. De modo que estas «faltas» vienen a ser el significado real que para esta gente tiene el no gusto por su barrio.

Pero lo sorprendente es que cuando la gente define el «cambio» acontecido en el barrio («el ahora»), también lo hace enumerando los nuevos servicios aparecidos en el barrio y por los cuales el barrio «cambió»: asfalto de tal calle, colocación de tal desagüe, tal puente, tal alumbrado, etc., que se califican todos como «buenos». Inclusive las respuestas recurrentes sobre las cosas que deberían cambiar en el barrio rondan siempre alrededor de la mejora o efectivización de ciertos servicios. Con lo que tendríamos que al gusto por el barrio le corresponde el rasgo «servicios». Pero servicios es un atributo propio del cambio y del «ahora», con los que se define lo no barrial del barrio, con lo que el gusto se correspondería con el ahora y lo no barrial. Y esto contradice el mismo significado del cambio como opuesto a lo barrial («cambió pa» peor»). Y también se contradice con la red de la época base, para la cual el gusto se coloca en el antes y en oposición al cambio, reforzado por el mismísimo uso del término «cambio» para expresar el gusto: «cambiaría todo lo que tengo por la vida de antes».

El significado de la falta de servicios, entonces, pondría en «peligro» una parte del paradigma. Pero este peligro de ruptura de la red se supera escindiendo los significados del gusto (por el barrio y por los servicios) y del cambio opuesto a lo barrial y el cambio que es «bueno», porque se acepta dicho con autoridad desde otro lado.

En estas tres «contrariedades» se corrobora que el gusto por el barrio está naturalizado, por caer dentro de la red metonímica de la época base y, por lo tanto, forma parte fundamental de la deshistorización. La ruptura de esa red que podrían provocar lo bueno, lo lindo y los servicios no llega a consumarse, porque la red no deja de envolverlos, al continuar

subordinados al gusto y a la deshistorización (puede explicarse así lo estéril de determinadas políticas de «embellecimiento» de los barrios o de mejora de ciertos servicios que no tienen en cuenta este «gusto» de la gente por su barrio y sus lazos de identidad con él).

¿Cuál es el elemento común que plantean estas contradicciones «solucionadas» mediante la envoltura metonímica?

En los dos primeros ejemplos, la subordinación del significado de lo bueno y de lo lindo está basada en la remisión a que desde algún «otro lado», pueda decirse o se haya dicho que el barrio no es lindo pero debería ser lindo, y que el adelanto es bueno, y sintomáticamente se agrega a los dos el «pero».

A la ideología barrial, en última instancia, no le «importa» constatar la «lindura» del barrio, pues se la subordina al gusto y el gusto es porque sí, natural, no es un «problema». El problema es, en todo caso, ese otro lado. La subordinación es la «solución» y la contrariedad queda «superada». Para el caso de lo bueno del adelanto y la paradoja de los servicios en relación al cambio, podemos observar que en ningún momento el adelanto o el progreso o los servicios satisfechos (que ya no son «falta») son asumidos como propios de la ideología barrial.

Precisamente se colocan oponiéndose a esta. El progreso y los servicios no son propios de lo barrial, no se los apropia la ideología de lo barrial, no están entre las posibilidades actualizadas, le son ajenos, no están en su poder, no están bajo su control.

Por eso, no es casual la remisión a ese otro lado desde donde se pueda decir que el adelanto es bueno y que el barrio podría ser lindo, pero... Y lo que sigue al «pero» sí es coincidente con la ideología barrial: a mí no me gusta (el progreso) y cambiaría el ahora del cambio por el antes. El cambio-adelanto no está bajo el control de quien se hace cargo de la ideología barrial para querer a su barrio. El control del cambio y del adelanto le son ajenos, pues son controlados por algún «otro lado». Para la gente del barrio, ese progreso es in-con-tro-la-do.

El trabajo de verificación puntual de estas cuestiones dio como resultado un cúmulo de «quejas» acerca de lo «inconsulto» de todos los cambios acaecidos en el barrio en cuanto a ciertos «servicios», salvo en aquellos en que la labor de autogestión de los vecinos –aun con «quejas» también sobre esto– fue preponderante, casi siempre relatados como refuerzos de la oposición temporal («antes la gente se juntaba más, se ayudaba... acá hicimos una coleta y un festival para que algunos no le remataran la casa, ante se pintábamos los árboles con cal, por las infecciones, ahora que se va a hacer, cada uno está pa' su lado»).

## Barrio y delito

Una de las reglas del paradigma de lo barrial colocaba el «robo» y la indecencia como dos de los signos más sintomáticos del «ahora» en oposición a la época base, pero —como vimos— «robos eran los de antes», fundamentalmente porque los «ladrones» del antes eran conocidos y valorados por su «coraje» y por ser del antes. Prevalece, por lo tanto la «envoltura» de la red metonímica por sobre el significado del «robo», pues queda escindido en el robo «positivo» del antes y el robo «negativo» del ahora. Por lo tanto, queda natural y deshistorizadamente colocado en lo no barrial indecente del ahora de los jóvenes.

Para el paradigma que levanta el modelo de muchacho de barrio, «esos» que se escapan a las reglas, las barritas, son más que delincuentes. Porque el delito es lo que se domina, ya que sobre él puede ejercerse control, restricción, represalia, represión y hasta una preventiva «educación» por parte de la policía y la familia. En cambio, lo de «esos» que «no son de acá» es un delito incontrolado; constituyen la proyección invertida de lo que no se debe ser pero se está en peligro de ser.

Incluso uno de los resultados del análisis de la identidad barrial de los jóvenes (que aquí no expusimos por falta de espacio) nos indica que la policía es rechazada por éstos no más por su violencia represiva que por su acción controlante. Pero para el modelo del «muchacho de barrio», la policía cumple más un papel transaccional en contextos de poder, como, por ejemplo el club. Se cuenta con satisfacción la concurrencia de la autoridad policial al escolaso del club. La «protección» policial es invocada y reivindicada contra todo lo que se opone a lo barrial, incluidos por supuesto «esos» que «no son de acá», porque no son muchachos de barrio, o al menos no son de barrio en *este* barrio.

Respecto a la tipificación del concepto de delito o la estipulación del límite entre lo delincencial y lo «decente» para la ideología barrial, nos encontramos con una problemática de importancia específica, que es la referida al juego clandestino dentro del barrio o por el barrio mismo.

La quiniela clandestina, por ejemplo, teje una extensa red de confianzas mutuas basadas en el arraigo y la relación vecinal dentro del barrio, respetando en un todo el eje de valores de lo barrial. Dentro de estos valores, el delito asume una significación especial: se acepta formalmente que el juego clandestino es un «delito», pero sólo porque alguien, en algún otro lado, así lo ha dicho (el gobierno, alguna ley, la escuela, etc.). Pero jugar, «juega el que quiere», es decir, el que controla sus propios actos, aún cuando se acepta que «hay cada enfermo mental

que se juega hasta la madre; eso está mal, pero un numerito de vez en cuando», es decir, con control, no como el «enfermo mental» que es alguien que no controla sus actos. En suma, la quiniela clandestina no es delito para la ideología barrial, porque se puede ejercer control sobre ella y en el ejercicio de jugar cuenta, por sobre todas las cosas, que se lo hace con la gente del barrio que, indefectiblemente, «vive acá a la vuelta». Ese «acá a la vuelta» funciona recurrentemente como sinónimo de confianza y control: «nadie te deja amurado en una postura... si todos viven en el barrio». El delito atribuido a los jóvenes, a «esos», en cambio, sí es delito y se lo rechaza; sí es robo, porque es lo de «ahora», lo de los jóvenes incontrolados.

### El desgarrar activo de lo ideológico

Las «contrariedades» reseñadas (más las que no exponemos aquí) remiten a la falta de control de las condiciones de existencia de estos actores en algunos aspectos: la juventud y la mujer respecto a la institución familiar; la juventud y el delito en el marco del barrio y lo barrial como modelo (que incluye la relación con la policía), y la efectivización de los cambios acaecidos en el barrio en cuanto servicios.

Estas contradicciones manifiestan que el agente del control de estos aspectos no es el actor. Se lo remite recurrentemente a un control en otro lado; por eso podemos afirmar que es un control in-con-tro-lado.

Lo que hemos reseñado es lo que objetivamente «escapa» a las posibilidades de control de los actores y lo que la identidad barrial apunta a «solucionar» con eficacia simbólica. Con esto respondemos al primer interrogante planteado (el *para qué* de lo barrial). Y decimos objetivamente porque es lo que se opone a la ideología como «problema». Es objetivo porque siempre se le presenta a esta ideología como algo en frente (*objectum*), al que tiene que salirle al cruce la identidad barrial como producto ideológico.

Es algo que dejó de ser mero referente para pasar a ser lo que está simultáneamente dentro y fuera de esa ideología.

Algo que debe ser lo suficientemente externo como para que la ideología tenga necesidad de incluirlo en ella y lo suficientemente interno como para que la misma ideología se «ponga en marcha», motorizada por esas pequeñas causas eficientes que representan su riesgo de ruptura: las «contrariedades».

Como hemos visto, algunas de ellas no son efectivamente «solucionadas». Y esto no debe extrañar, porque es imposible que la identidad

barrial pueda convertirse en solución «total». De ser así, carecería de motorización interna y de la capacidad de contraponerse objetivamente a un «problema», por lo que directamente dejaría de tener eficacia, ya que ni siquiera cabría la necesidad de que la tuviera y, por lo tanto, carecería de existencia.

Es que la ideología, a la vez que no puede reducirse al sujeto (los actores que la producen) sin el mundo objetivo que le da razón de ser, tampoco puede reducirse a agotar las condiciones de existencia del objeto captándolo en su totalidad, pues de ser así dejaría automáticamente de ser ideología para subsumirse en ese objeto.

Lo ideológico –tal como lo hemos definido: *conjunto de ideas sobre algo según una lógica*– implica ruptura con algo dado, por definición, pero nunca una ruptura tal que lleve a su autodisolución en el objeto mismo. Por eso habrá siempre algo que se le «escapará» y que sólo será detectable mediante la confrontación de ese producto con otro. En nuestro caso, no hemos optado por contraponer ideologías, sino la ideología de la identidad barrial en confrontación con nuestro análisis de su propia lógica interna y –por medio de sus contradicciones– el mundo objetivo que esa misma ideología enfrenta.

Las contradicciones no «resueltas» de la identidad barrial –sus paradojas– son las que rompen para nosotros la opacidad de su carácter simbólico y transparentan sus razones de ser objetivas.

Por su parte, las contradicciones que la identidad barrial logra superar producen la necesidad de un estiramiento de las redes metonímicas y un torcimiento del eje paradigmático. Es como si detrás del eje axiológico vertebrado por el paradigma hubiera otro transversal, implícito y al que sólo es posible llegar volviendo transparente el conjunto de valores. Al encontrarnos con este eje de las paradojas que está «detrás» del explícito nos caben dos alternativas: llegar a la conclusión de que son dos ejes y que, por lo tanto, esta ideología es totalmente *falsa* respecto a su relación con el mundo objetivo que ella misma refiere, o bien unir teóricamente ambos ejes, concebirlos como dos formas de ser de un mismo eje y, en consecuencia, concluir que su esencia o forma de ser consiste en estar permanentemente desgarrado, esto es, en permanente riesgo de ser roto por medio de sus contradicciones internas, de esas ínfimas rupturas semánticas que producen el desgarro y evitan, de esta manera, la ruptura misma.

## La alternidad histórica de la identidad barrial

El resultado de nuestros estudios establece que la identidad barrial enfrenta y sale al cruce de la carencia de control de algunas de las condiciones de existencia de los sectores populares que conforman socialmente esos barrios: clase obrera industrial y capas medias.

En torno al eje control/no control con referencia a lo barrial, juegan su papel la familia y la policía. Ambas cumplen complementariamente una misma función: controlar a los sujetos sociales en quienes se corporiza ideológicamente el motor de la reproducción de la identidad, las barritas juveniles. Y la gran paradoja es que tanto los actores que comparten la ideología barrial como las barritas que esa ideología sitúa expresamente en sus antípodas, sostienen como reserva de significación el modelo del muchacho de barrio.

La relación control/no control está vertebrada por las posibilidades del control y por la restricción de posibilidades. Necesariamente esto remite a los medios para el control y a los agentes del control.

Si la falta de control sobre la propia condición de vida es parte del significado profundo de lo barrial, debe estar implicada lógicamente una desposesión de los medios para ser agente de ese control, porque los medios son los que pueden brindar las posibilidades de control sobre las propias condiciones de vida social... Y estos medios –como restricción de posibilidades– son restringidos porque se incluyen en la dialéctica apropiación/desapropiación, ya que, de otro modo, no sería posible hablar de desposesión. Si el control existe como posibilidad desposeída es porque desde algún otro lado se ejerce la restricción.

Ese «otro lado» está definido por la relación de dominio que la misma ideología está objetivando activa y concretamente mediante la «transparencia» de sus paradojas. Al deslindar la agencialidad del control, esta ideología de la identidad barrial se autoubica en una relación de subalternidad respecto del otro lado, al que podemos llamar hegemónico, bastándonos para ello con la ideología estudiada, sin necesidad lógica de ir a buscarlo en su exterior o en los «aparatos», o en ciertos «contenidos» de la ideología de las clases dominantes, etc. Pero esto es posible sólo porque la identidad barrial es capaz también de objetivar la misma relación de hegemonía, porque ella misma encierra –aún dentro de su subalternidad– su propia alternidad objetivante.

La relación hegemonía/alternidad surge del propio análisis, sin regimentarla a priori y sin partir de contenidos «estantes» (que están antes) a tal o cual clase social. Y la identidad barrial es alterna en la

medida en que es capaz de restringir parte de la restricción impuesta desde el otro lado, mediante la objetivación de «una parte» de su mundo problemático que, aún en lo germinal de sus paradojas, lleva en su interior la posibilidad de ruptura con lo hegemónico. Y es subalterna en la medida que deshistoriza una «parte» de su mundo objetivo mediante la naturalización de la época base.

Pero esa deshistorización es a su vez una forma de objetivar el mundo, de instaurar y asumir lo problemático de ese mundo en forma activa, porque nunca deja de tener una dinámica interior por la que se cuelan permanentemente las relaciones históricas. Así como nunca habrá un ciento por ciento de naturalización y deshistorización, tampoco habrá un ciento por ciento de historicidad y ruptura, porque de esta dialéctica parten las posibilidades de generar ideología. Y este movimiento es permanente e histórico.

La ahistoricidad es siempre el resultado de la confrontación analítica de ideologías como «niveles de conciencia histórica». De esta confrontación surge el diagnóstico de lo que es deshistorizado de una de ellas. Pero lo importante de todo análisis consiste también en no apoltronarse en la asunción de los sentidos y las deshistorizaciones de los «actores», sino en tratar de romper, desde el mismo protagonismo de la investigación, con esos sentidos.

La riqueza de la deshistorización reside más en lo que abre de nuevo (como diría Ernesto de Martino) que en lo que reproduce de «viejo»; en lo que es capaz de romper —objetivando el mundo— más que en lo que se le «escapa» de ese mundo. La identidad barrial de los sectores populares representa, en consecuencia, una de las formas de ruptura activa con lo dado-dominante, porque es una restricción alterna frente a la restricción dominante.

En Ingeniero Budge, en Dock Sud, en Monte Grande... se construye la Historia todos los días.